

NICANOR DE ZURICALDAY.

LA QUINCENA
DE DON PEDRO.

LEYENDA HISTÓRICA.

PRIMER PREMIO
del Certámen literario celebrado en Bilbao
con motivo de la
EXPOSICIÓN PROVINCIAL DE VIZCAYA.



BILBAO—1882.

TIPOGRAFÍA DE LA VIUDA DE DELMAS

Correo 8.

LA QUINCENA
DE DON PEDRO.



H- 40530
R- 4737

ATU
3146

NICANOR DE ZURICALDAY.

LA QUINCENA
DE DON PEDRO.

LEYENDA HISTORICA.

PRIMER PREMIO

del Certámen literario celebrado en Bilbao
con motivo de la
EXPOSICIÓN PROVINCIAL DE VIZCAYA.



BILBAO—1882.

TIPOGRAFÍA DE LA VIUDA DE DELMAS
Correo 8.

LEMA:

Rex instammatus scelere; Cantabria libertate.





LA QUINCENA DE DON PEDRO.

(LEYENDA HISTÓRICA.)

I.

LA PARTIDA.

29 de Mayo de 1358.

DEL alcázar de Sevilla
en primoroso cuartel
que es encanto de los ojos
y cadena de los piés,
se solaza el rey Don Pedro
dando término al comer
y razones al infante
de Aragón que está con él.

—«Este palacio, le dice,
»es, primo mio, un edén;
»aquí se extingue y se apaga

»todo antojo y toda sed.

»Dónde nó ¿cómo creyérais
»que hoy mesmo al amanecer
»sin salirme del alcázar,
»he corrido monte en él?

»Por las cámaras vecinas
»con mi astucia y mi doblez
»llevando á Don Pero Lopez
»de ballestero y lebrel,
»perseguí puñal en mano
»á un bravo puerco montés
»que está aquí bajo la mesa,
»Don Juan, si queréislo ver.»—

Y haciendo arpón de una mano
y de otra mano sostén,
sacó en mitad de la estancia,
arrastrado por los piés,
el cadáver de su hermano
Don Fadrique, el siempre fiel,
ensangrentado el cabello
como la livida tez,
en la boca aun el ambiente
del suspiro postrimer
y hasta la cruz en el pecho
clavado el puñal del rey.

Mudo el infante de espanto,

dícele Don Pedro:—«Ved;
»estos fines de banquete
»son mi esquisito placer,
»y si acaso, primo mio,
»os convido alguna vez,
»de manjar tan regalado
»yo mesmo vos serviré.

»Para seguir la batida
»que ha comenzado tan bien
»y acabar uno por uno
»(ya que no pude en tropel)
»á los traidores de Toro,
»fuerza será me ayudeis
»en la muerte de Don Tello
»que en Vizcaya señor es.

»Partir hoy es mi designio
»y pagaros la merced;
»mirad, Don Juan, si os preparo
»gran jornada y brava rés.

»No ha de retoñar, por Cristo,
»de bastardos el plantel,
»que en Talavera á su madre
»por mano estraña maté
»y seca la vid no pueden
»los vástagos florecer.

»Muerto en Vizcaya mi hermano,

»señor de ella vos haré,
»pero guardad el secreto
»de vos mismo y entended
»que no lo vendais, ú os pese
»meteros á mercader.»—

Al oír estas razones
calló el infante también,
pero brilló en sus pupilas
ese rayo de interés
que á los grandes ambiciosos
les es fácil esconder.

—«Taciturno estais, infante,
»dijo Don Pedro: haceis bien,
»que el camino más seguro
»de los medros callar és.

»La caza quiere cautela,
»pero porque Dios nos dé
»fortuna en la montería,
»siquiera mudo, bebed.»—

Bebió el infante primero,
bebió Don Pedro despues,
la mano apoyó en la mesa
para enderezarse en pié
y en vino y sangre estampada
quedó la mano del rey.

—«Don Juan, que os dén servicio

»de lo que hayais menester;
»para el mio solo falta
»mi birrete y mi alquicel
»y una daga de Toledo
»y un caballo cordobés
»y un ósculo á mi manceba
»y un adios á este vergel.»—

Tal dijo el rey y tal hizo:
y al punto de anochecer
arrancando las espuelas
alas de sangre al corcel,
salieron para Vizcaya
con mozos de palafren,
Don Pedro el rey de Castilla
y el infante aragonés.





II.

POR MAR Y POR TIERRA.

6 y 7 de Junio de 1358.

DA calzada de Aguilar
ván dos ginetes subiendo,
caballeros en dos potros
que dejan atrás al viento.

Recatándose cabalgan
y en blanco alquicel envueltos,
mas no tal que sea estorbo
á distinguir el anhelo
con que una mano acaricia
las riendas y otra el acero.

Llegan al pié del castillo
y sin entrar en el pueblo
allí al primer viandante
le preguntan:—«¿Y Don Tello?»—
—»Partió esta mesma mañana,

responde, para Bermeo.»—

Miráronse á tal respuesta
á la faz los caballeros,
y si en los ojos del uno
se retrató el desconsuelo,
en los del otro brillaron
dos llamaradas de fuego.

—«¡Golpe errado! primo mio,
»mas los valientes monteros
»han de acosar á la fiera
»cuando bajára al infierno.

»Siete dias han corrido
»que el puñal ocioso tengo
»y las dagas se enmohecen
»en el cinto tanto tiempo.

»Vuestra ambición tiene espera
»mas nó mi aborrecimiento,
»que el poder requiere canas
»y el matar brazo de hierro.

»Vamos, Don Juan, á la costa
»de priesa, dijo Don Pedro,»—
y cual si oyéran gozosos
las órdenes de sus dueños,
arrancaron los caballos
al huracán dando celos.

Alas llevan en las crines,

relámpagos bajo el pecho,
polvo y sangre en los estribos,
hirviente espuma en los frenos.

Alcance les dió la noche
de Ochandiano en los oteros;
tres años há que allí mismo
los derrotára Don Tello.

A galope en las tinieblas
como el día del encuentro,
de sus soldados vencidos
iban pisando los huesos.

Al triste són la llanura
responde con tristes ecos
y los canes en la sombra
con ladridos lastimeros.

Huyen de allí como el rayo
se vá del oscuro cielo.....
y al otro día aparecen,
mediado el sol, en Bermeo.

Al poner los piés en tierra
preguntaron:—«¿Y Don Tello?»—

—«Al mar salió esta mañana
«antes que el sol, respondieron.»—

Sin inquirir otras nuevas
descienden sólos al puerto
y á soldados y mareantes

dice el rey:—«¿Hay bajel presto?»—
—«Señor, la mar está brava.»—
—«Más oleage hay en mi reino
«y las ondas más altivas
«son las que amanso primero.»—

Y saltando en una nave,
la más cumplida de remos,
añadió:—«Yo soy piloto;
«ojo al mar y bogad recio.»—

Como flecha disparada
por la mano del arquero,
tal las frenéticas ondas
corta el bajel de Don Pedro.

Mayor tempestad que aquella
ruge del rey en el pecho,
y más que el mar el infante
lleva pliegues en su ceño.

Laten sus dos corazones
presa de un ódio siniestro,
como las ondas amargo
y como el piélago inmenso.

Devorando ván la costa
junto al peñon de Lequeitio
y saben allí que al alba
huyóse á Francia Don Tello.

—«¡Al fugitivo, mar libre!

«esclamó el rey; ¡que me huelgo!»—
y mudando el gobernalle,
tornó la proa á Bermeo.

—«Ya no hay señor en Vizcaya»—
Don Juan murmuró:—«Lo entiendo,
»le dijo el rey, mis promesas
»van á tener cumplimiento.

»Convocaré á los vizcainos
»en junta, segun es fuero,
»y os tomarán por señor
»sino de grado, riñendo.

»Esta es gente á su albedrío
»y conviene andar con tiento,
»que hay en sierras y en poblados
»mucho roble y mucho hierro.»

Cual si nada hubiera oído
guardó el infante silencio,
agostada ya la lengua
por el hervor del cerebro.

Y es fama que aquella noche,
con tal menester de sueño,
velaron á ojos dormidos
ódio y codicia despiertos.





III.

LA JUNTA.

11 de Junio de 1358.

EN una hermosa mañana,
de Bermeo ante la iglesia
á los vizcainos en junta
el rey Don Pedro congrega.

Alcaldes y trompeteros
por los poblados y sierras
tañendo han ido bocinas
y desplegando banderas.

Más de diez mil hijo-dalgos
cubren senderos y peñas
y en ondulantes vaivenes
se empujan y se codean.

Brillan al aire las picas,
las lanzas y las ballestas,
y los penachos de plumas

como un maizal se cimbrean.

Apareció el rey Don Pedro
con el infante á su diestra
y muy cortés saludando
á la muchedumbre inmensa,

— «Caballeros hijo-dalgos,
»esclamó con voz tremenda,
»ya no hay Señor en Vizcaya
»pues á Francia huyóse de ella.

»Al infante de Aragon
»que está aquí, toca la herencia,
»por cuñado de Don Tello
»y más que él, por merecella.

»Ruego por ende á Vizcaya
»que por Señor se le tenga
»y al fugitivo por muerto
»en tanto que no parezca.»—

Tal dijo y desde la playa
hasta el alto de la iglesia,
subió por la muchedumbre
sordo rumor de tormenta.

De pronto, hendiendo las ondas
de la agitada asamblea,
robusto y ágil anciano
delante del rey se llega.

— «Señor, dice (y se descubren

con respeto las cabezas
que estuvieron con orgullo,
cuando el rey habló, cubiertas.)

«De lo mal que hizo Don Tello
»huyendo á vuestra presencia,
»no sois vos, sino nosotros
»los que le han de pedir cuentas.

»No ignoro que entre Abendaño
»y vuestro alférez Villegas
»hay otorgada escritura
»contra Vizcaya en pro vuestra,
»jurando que si Don Tello
»en algo os desirviera,
»vuestros mandatos y cartas
»de señor que se obedezcan.

»Esta palabra, empeñada
»en tal hora de flaqueza,
»la cumpliremos nosotros
»cuando lo pida su letra.

»Que nuestra fé es lo primero
»y nunca tuvimos vuelta
»ni la espalda al enemigo,
»ni la palabra á la lengua.

»Así no habéis del infante
«para Señor de esta tierra
»que entregará el Señorío

»solo á vos y cuando quiera.

»Tal, Don Pedro, es lo acordado;
»pero delante se entienda,
»jurando vos de Vizcaya
»las costumbres y franquezas.

»Pues antes que las escritas
»importan leyes sin fecha,
»que encajadas en los usos
»desde lo remoto vengan.

»Si en Castilla andan á cientos
»leyes y cartas revueltas,
»aquí no hay sino una sola:
»*¡libertad é independencia!*

»Ese sol que nos alumbra
»jamás de huestes ajenas
»estampó en nuestras montañas
»la sombra de las banderas.

»Y el suelo que no ha tomado
»medida al talón de César,
»no ha de servir al vencido
»de Ochandiano y Gordejuela.

»Aquel dia mil valientes
»dejaron roja la tierra,
»cual pone el sol á la tarde
»las nubes en que se acuesta.

»¿Cómo insultar su memoria

»sin fenecer de verguenza?

»Así, quitad al infante,

»señor, de la vista nuestra.

»Aun sois mozo, mi consejo

»es frio cual mi esperiencia,

»que no en balde está cayendo

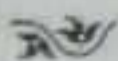
»la nieve en mi cabellera.»—

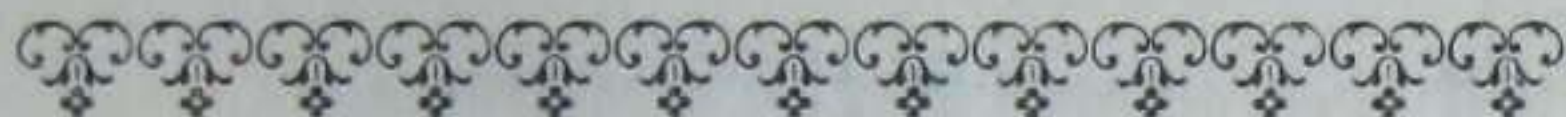
Dijo y rumor apacible
descendió desde la iglesia,
como el rumor de las ondas
cuando baja la marea.

Al punto el rey y el infante,
con simulada altiveza,
se entraron en su aposento
rugiendo como dos fieras.

Despues, con noble arrogancia,
las multitudes dispersas
fueron partiéndose en haces
por las cañadas y selvas.

Y diz que al morir el sol
en su mortaja de nieblas,
como pasos de gigantes
se oyeron en las cavernas.





IV.

LA MUERTE DEL INFANTE.

12 de Junio de 1358.

EN Bilbao y en su posada
ponen fin á la comida
el infante de Aragón
y el monarca de Castilla.

Desde Bermeo han llegado
aquella mañana misma,
Don Juan midiendo esperanzas
como D. Pedro perfidias.

Ha dicho el rey á su primo
que si ayer no le querian,
hoy en Bilbao sus promesas
serán palabra cumplida.

Por eso, alegre el infante,
haciendo honor á la orgía,
chancero y desatinado

los vinos diáfanos liba.

—«Bien me regalais, Don Pedro;
»tal favor nunca se olvida;
»¡qué manjares y qué vinos!
»¡y qué hermosa argentería!

»Mas tened ¿sabeis qué falta
»señor, en vuestra vajilla?
»Del anciano de Bermeo
»la cabeza encanecida.

»¡Buena plata! Y buena copa
»cualquier artífice haría
»desencajando el cerebro
»de aquella testa maldita!

»Cuando yo tenga á Vizcaya
»á mis antojos sumisa,
»os haré merced con ella
»de oro y plata guarnecida.

»Mientras, siguiendo obligado
»á vuestra fé y cortesía,
»quiero me pidais ahora
»memoria que os dé enseguida.»—

—«Si tal empeño mostrais,
»dijo el rey, que yo la exija,
»regaladme vuestra daga,
»Don Juan, como prenda amiga.»—

—«Tenedla, dijo el infante,

»y del cinto se la quita:

»Y que la guardéis os ruego,

»mi primo, en memoria mia.»—

Tomóla el rey y exclamando

—«¡Bravo filo y hoja limpia!

»añadió; será guardada

»más allá de vuestra vida.

»En cuanto á ser el señor

»de Vizcaya, vais de prisa.

»No, Don Juan, el señorío

»de Don Tello, es cosa mia.»—

—«¿Qué decís?—clamó el infante.

—«Que estais ébrio de codicia

»y que no podreis (no siendo

»con vuestra cabeza misma)

»con aquella del anciano

»enriquecer mi vajilla.»—

—«¿No son ley vuestras promesas?»—

—«¡Loco el que en promesas fia!»—

—«Si estoy firme en mi derecho

»más loco el que me resista.»—

—«Osado hablais y por Cristo,

»me alegro de ver rompida

»esa mudez obstinada

»que ha durado quince dias.

»Tened, si quereis promesas,

»una que os hice en Sevilla
 »de serviros por mi mesmo
 »el término de la orgía.

»Ya estais en coto cerrado
 »y no encontrareis salida.
 »Para cazar reses mansas
 »no necesito jauría.»—

—»¡Callad, Cain de bastardos!»—
 —»¡Y hablais vos de bastardia
 »que teneis en vuestra estirpe
 »apellidos de pocilga!»—

—»¡Cobarde y traidor, mi daga!
 »¡devolvédmela que es mia!»—
 —«Toda la vais á guardar,
 »le dice el rey, en la herida.»—

Y agitándola en el aire
 —«¡Favor!»—el infante grita,
 pero Don Pedro le alcanza
 y de un golpe le asesina.

Después, sacando el cadáver
 por la ventana contigua,
 suspendido del cabello
 mostróle á los de la villa.

Y diciendo: —«*Allá tenedes
 al señor que vos queria;*»—
 en las piedras de la plaza

sangriento le precipita.

Entróse el rey, y se cuenta
que al choque de la caída
contestó una carcajada
por la ventana vacía.





V.

LA FERRERIA.

(CONCLUSIÓN.)

POR la márgen del Cadagua,
rio arriba, á trote largo,
cruza de noche Don Pedro
pedregales y barrancos.

Con airosa gentileza
vá envuelto en cándido manto
que al resplandor de la luna
semeja un triste sudario.

La pluma de su birrete
de tornasol encarnado,
al aire sobre el espectro
flamea cual fuego fátuo.

Los árboles en la senda
su larga sombra arrojando,
parece que le amenazan

intrépidos con sus brazos.

Los ecos, que se repiten
del potro al sonante paso,
simulan gritos de alarma
de monte en monte lanzados.

Mas Don Pedro, indiferente
á tan medroso aparato,
estierende sus tristes ojos
por el azul del espacio.

En abandono las riendas,
marcha tranquilo, aspirando
los misteriosos efluvios
de una noche de verano.....

A la altura de Sodupe
paróse el rey asombrado,
con la vista en el Cadagua
y el oïdo más lejano.

Y oyó de una ferrería
el golpe sordo del mazo
y el estridente chirrido
de los barquines soplando.

Arpas de cristal rompía
la presa sobre el peñasco,
y la luna se bañaba
más arriba en el remanso.

Por las copas de los fresnos

iba el céfiro callado,
subiendo en sus ténues alas
los aromas de los jaros.

Alli evocó su memoria
aquellas noches de encanto
que regalan á Sevilla
Guadalquivir y los astros.

Tal vez pensó en su manceba
y á sus ojos vino el llanto
por tornar lleno de sangre
y no de gloria á sus brazos.....

Sereno yá, pasó el puente
á su corcel refrenando,
y le alivió de su peso
al pié de unos muros altos.

A una vieja que allí andaba
dió las riendas del caballo,
y empujó de la herrería
el postigo siempre franco.

Cuando él entró el martinete
daba golpes sobre el tajo
que lanzaba rojas ascuas,
á sus piés, como venablos.

Su bruñido guantelete,
de pálida luz bañado,
agitaba las falanges

como lívidos gusanos.

Por los negrecidos muros,
con resplandores extraños,
vió que subía un enjambre
de duendecillos y trasgos.

Vió agigantarse la hoguera
entre riscos encarnados
que él se fingió los despojos
sangrientos de los bastardos.

Vió á los cíclopes desnudos
blandiendo en sus negras manos
las gigantescas tenazas
y los espantosos garfios.

Y cegado de la lumbre
y ensordecido del mazo
y medroso de los ayes
que daba el barquín llorando,
le pareció que su reino
se deshacía en pedazos.

Y como aquellos titanes
indiferentes é impávidos
seguían con arrogancia
el fuerte hierro labrando,
se dijo el rey á sí propio,
más confuso que enojado:
—«¿Serán libertad y hierro

elementos necesarios?»—

Y aturdido ante el enigma,
con temor de adivinarlo,
buscó otra vez el postigo
y se salió de aquel antro.

Allí vió al potro impaciente
el duro suelo escarbando
y á la muger que esperaba
de su servicio el salario.

—«¿Quién sois?»—preguntó á la vieja.
—»Bruja de Zalla me llamo.

»¿Quereis la buena ventura?»—
Y el rey la tendió su mano.

—«¡Fratricida! la hechicera
clamó con mortal espanto.

«Jóven morireis, señor,
»y muerto por un hermano.»—

Asióla el rey por el cuello,
colérico del presagio,
y la lengua de la bruja
salió de la boca un palmo.

Despues al fondo del rio
arrojó aquel espantajo,
diciendo:—«Vete á dar cuenta
«de tus embustes al diablo.»—

Tornó á montar y el camino

de Valmaseda tomando,
en vuelo vertiginoso
despareció su caballo.

Y entre el polvo y las centellas
que levantaban sus cascos,
metió á Don Pedro en Castilla
como entre nubes y rayos.



